

# LLUVIA



*Y de nuevo busco a una, a una sola.  
R. F. R.*

Arribo a la Calzada de Jesús del Monte,  
como un caballo agrietado por el eco de tu ausencia.  
Bajo los párpados plateados de la noche,  
una que otra muchacha lleva trenzas  
y alguna sonrisa que a ratos me confunde.  
Arribo a la Calzada de Jesús del Monte,  
y pregunto por tu nombre que sabe a níquel,  
a barquito de papel que navega en mi horizonte.  
(Por un instante olvido las arenas movedizas,  
la mordaza, mi estupor ante el colmillo abierto).  
Arribo a la Calzada de Jesús del Monte,  
y los compañeros cederistas solícitos me alcanzan  
tabaco, agua fresca y fraterna compañía. Y comentan  
que ayer pasó volando, muy bajito, una paloma  
—aunque bien podría ser un aeroplano, dijo uno—  
que responde a tus señas, a tu asombro permanente.  
Arribo a la Calzada de Jesús del Monte,  
y descubro que jamás serás un palo santo  
quemado en mi memoria. Y no es que sueñe  
demasiado; tan sólo busco a una, a una sola.

La Habana, Agosto, 1978.

### III. HUALINA

---

Lágrima  
de pino, fuego  
lento,  
sauce florón, piedra  
celeste,  
huirahuirá, escorzonera:  
ah,  
mi mayorala:  
luz  
de mi pensamiento.

Pocma III de la serie "Marcahuasi", inédito.

Voy a orar con carajos o sin ellos  
mañana o esta noche,  
por el que enseña con el hambre  
a escribir pan con palabra y rabia,  
por el que reza, grita y se fatiga  
en el campo, en la montaña, en la cañada,  
por el que sufre sin sentir la desgracia del pecado,  
por el que muere poco a poco sin motivo,  
por el que canta a la muerte de su hermano,  
por el que llora en la cuna cuando niño  
y al mismo tiempo piensa,  
por el avaro que se retuerce  
y se hunde en el fango palpitante.  
Esta vez tengo que hacerlo,  
tengo que orar sin ver el crepúsculo  
y sin esperar amanecerse turbios;  
tengo que decirte sin nostalgias  
de horizontes marchitos:  
el tirano corteja a la brutalidad,  
el dominio vende a su hijo  
como tarde o río,  
el diputado es engendrado por el gobierno  
de un pueblo en la miseria,  
el desesperado fabrica en su sonrisa  
la perversidad del inocente,  
el adolescente vive con la lujuria  
de su hambruna  
el viejo juega con la sensualidad tuberculosa  
de la muerte.  
Tengo que orar por los mierdas  
que agonizan cada día  
en la podredumbre de sus quehaceres.

**I**

Dureza, qué ingrato nombre;  
sino fueses blanda y permeable,  
que me digan entonces,  
¿cómo escapan los sollozos y gritos  
de mi pueblo prisionero?  
y prisionera tú también  
junto a mi pueblo chúcaro y rebelde.

**II**

Piedrecita del río,  
en las orillas del Mantaro,  
entre algas y berros,  
¿eres la sonrisa de un campesino  
chacchando coca... y esperanza!

**III**

Compañera de lucha,  
proyectil de los débiles;  
hoy sí vemos que hay un David  
que va al encuentro  
de su Goliath,  
llevándote siempre  
en sus puños victoriosos.

**IV**

Cuando vean llover piedras  
sobre la tierra,  
no miren al cielo,  
¡miren mi alma,  
que es un enorme pedregal;  
pero antes pregúntense,  
quién tiró la primera piedra!

[Poema 1]

Sonábamos con un mundo a nuestra manera,  
un lugar donde no haya algo,  
donde los hombres sean nada,  
donde el vacío ocupe todo,  
donde el espacio esté oculto tras el tiempo  
y donde el tiempo esté tapado  
completamente por nosotros.

[Poema 2]

Una hoja de papel  
un fósforo  
la llama,  
el papel blanco, puro, precioso;  
el fósforo esbelto, altanero, peligroso;  
el choque, la llama,  
adiós pureza, belleza, altanería.  
Ahora,  
esa llama  
alzándose  
riendo.  
Una criatura, bonita: tú.  
Un muchacho, callado: yo.  
la llama,  
un adiós.

**PANTANO**

**Alza tu cara que ya no tiene vergüenza  
en monedas ni en remiendos  
Abre tu corazón en pedazos  
y llora por tus ojos ya ausentes.**

**No estires ya tu palma,  
natural que se quiebre tu clemencia,  
natural que floren tus huesos  
y se escuchen tus llantos sin rumbo.**

**No. No pongas tu planta irascible  
donde el oro rodeado de pantano  
deja que sigan los días  
contando las cuentas de tu vida  
sin nomenclatura.  
Días como redes inspirados  
en inocentes riachuelos.**

**No te asuste el pellejo  
ni la atmósfera ya pálida  
juzgando cuentas indebidas;  
ese pan de cogollo mal comido,  
esa tu palabra colgada en el vacío.**

**Si oyes la muerte  
y la voz del verdugo que te busca,  
ábrele fuego a tu vida  
¡rebélate al carnicero y a los ricos endiosados!**

Las aves se inician en el aire de su vuelo  
y como los hombres  
terminan en el frío cuando cantan  
y se nutren de maíces de colores  
mojando el pico entre los musgos;  
las aves se conocen en los techos  
inundándose de fragancia y geranios en las tardes  
viendo el amor de los animales en silencio;  
los pájaros son pequeños niños en el aire  
elásticos cantores en movimiento,  
suaves, desnudos, indefensos,  
una sola pluma son;  
pero libres llenándose de naturaleza por las alas,  
sencillos amantes del viento  
buscando con los días  
el ritmo de los pastos  
para robarlos con la intensidad de sus pupilas;  
pequeños tiempos suspendidos en el campo pálido del aire  
y cuando dulces posan en los árboles sus cuerpos  
las hojas reverdecen con su canto  
alimentando frutos con el polen  
que a susurros les llega desde adentro.

A menudo se oyen palabras acuáticas  
salidas al camino,  
formando fábulas hermosas en los parques  
tíblas eclosiones de los valles en las urbes:  
son los árboles de los que mi pueblo habla  
por mis ojos y sus calles,  
creciendo muy delgados junto al Chonta  
como ágiles gimnastas de lagunas,  
gruesos, ásperos y crudos  
en los caminos que van subiendo hacia el frío,  
pero fluidos cuando bajan por los ríos  
sin ajustarse a la tierra y sus colores.



Las muchachas de mi pueblo son sencillas cuando hablan  
y sacan carcajadas limpias cuando ríen,  
pero cuando besan cambian árboles y ríos  
y la boca se queda suspendida entre fresas  
y eucaliptos;  
en febrero desconocen los límites de las lluvias  
y callan espigas de colores bajo el agua  
como nutrias veloces que bajan hilando tardes con los ojos;  
los campos brillan con sus tallos:  
dedos verdes al rocío de los valles entre flores,  
música metida entre piedras de inocentes materiales  
coloreados por el viento inusitado de magüeyes;  
Cajamarca baja de quebradas y retamas,  
voz de cuerpo transparente  
y aire solo cristalino,  
visitada de ternura y poesía,  
tierra sabrosa animada por voces  
haciendo nacer con su melodía frutos amarillos;  
su nombre de begonia juega con la luz  
veloz de los celajes y a partir de la verdura  
se tiende en los pastos y los ríos  
cultivando con su empuje  
el canto auroral de los plumajes;  
son sus pueblos los que callan  
devorados por rayos y musgos,  
son ellos inocentes sembradores de cebada  
pensando que mañana acabará  
la ausencia potable de las aguas;  
somos ellos metidos poco a poco al movimiento  
de los micros y sus calles matinales,  
somos casi azules pensando en luciérnagas y valles  
desconocidos de metales (que se pierden por la sangre  
reciente de cautivos minerales de la patria).  
Somos caseríos recónditos y dulces  
visitados apenas por las aves y los ríos.

Al clan, a Ke Yen.

Mi casa es un techito de gracia y ternura  
en ella se viste la alegría y se callan las penas,  
es maravilla sentida en fantasía;  
mi casa, es prole como todas, está poblada de infancia.  
Mi casa es un girasol de alegría y hoy  
no se escucha el bullicio de los míos;  
mi casa es un valle tranquilo  
donde la vida fresca y diversa corre en natura

y no es envidia el fuego de la alegría,  
mi casa pequeña y acariciada de flores  
es canto silenciado que escuchan peregrinos  
y en ella los proletarios alzan su voz

¡y no es nuestra!!

Mi casa zafra que el patrón robar no pudo  
y aunque hoy mi casa vuelve ñizca de dolor  
mi casa no deja de sonreírle a la vecina.

Mi casa cuevita purgada de pena,  
cada semblanza vase en tono verdadero;  
mi casa es la fantasía sostenida en una marinera  
(se muestra plena de vida)  
es sueño logrado temple de caña;  
se lucha y vive anidando la marea el próximo mañana.  
Mi hermano se fue y la pequeña se engañó,  
mi padre a parque sereno se sentaba

Mira el mundo contradicto y el nuestro,  
pedía, sólo pedía entonces  
que sigan silbando las cuculitas  
y sigan marinando las mojarritas  
y mi madre callada nos rodeó, aún a los ausentes  
y fue mi casa celebrada de ternura.  
Mi casa es una marinera perdida en el tiempo  
es el recuerdo escogido de páginas caídas.

No el invierno, es el sueño que encanta;  
mi casa es un cumplido proletario,  
no se llena de ausencia  
y mi jardín es un parque público  
y son los niños, toda una caricia.  
El padre levanta sembrío, cada mañana  
siembra la buena la hierba  
y la madre nos mira con, bueno, sus ojos

nos incita a la genialidad de los pueblos  
y yo, sólo recojo día este alegre  
que nunca habré de olvidar  
por lo que escribo y escrito queda ya.  
En ella, juegan la ronda, los niños del barrio cantan,  
juegan los niños, silban, cazan la virginidad de la alegría:  
las buenas historias celébranse de mis pequeños  
y la casa es nuestra, nuestra, nuestra la voz

mas no habremos de dejar de bailar marinera  
y alzaremos los pañuelos luchando,  
haciendo jarana y pascua del encuentro,  
sembrando temprano y mi casa  
girasol de alegría, zafra sin patrón  
tira la voz que aquilata los días que vendrán.

I

La literatura, como una forma específica del reflejo de la lucha de clases, es producida en condiciones muy concretas y particulares del desarrollo de las sociedades. En nuestra patria, en momentos de una polarización cada vez más marcada entre explotados y explotadores cuyo telón de fondo es el ascenso de las luchas de un pueblo golpeado por el hambre, la miseria y la represión, muchos escritores se sienten identificados con los intereses y las luchas populares, aspiran a contribuir a su impulso desde sus peculiares campos de acción y en última instancia, servir a la causa de los oprimidos. Esto es muy saludable pues conyeva al fortalecimiento, en una u otra medida, del contingente popular. Pero creemos que quienes se reclaman escritores *Marxistas-Leninistas* están obligados a percibir con claridad las "condiciones muy concretas y particulares" de la sociedad en la que se hallan inscritos, esto es, definir certeramente el carácter de la Sociedad Peruana y de la Revolución que le corresponde, pues sólo así podrán deducir las tareas que les toca cumplir, como escritores, en el Frente Cultural. En este sentido, el armarse con la teoría revolucionaria del *Marxismo-Leninismo* para precisar y cumplir las tareas del escritor *Marxista-Leninista* en nuestra sociedad, es inseparable de un proceso de *integración práctica* con las masas, sus luchas, sus sufrimientos, sus inquietudes. Claro, no faltará quien diga que "eso es lo de menos", que "lo importante es la unidad", "nadie se va a poner de acuerdo". No tendría nada de extraño. Estamos viendo cómo, en la actual situación, en nombre de la unidad, organizaciones que dicen representar los intereses de la clase obrera y el pueblo se unen alegremente justo con quienes tratan de impedir por todos los medios la *unidad clasista* de las fuerzas populares: el *Revisionismo*, ya sea aquél que se presenta al desnudo como el PC(U) o aquél que aparentemente asume una posición radical cuando lo que trata es servir mejor a sus amos socialimperialistas. Ante esto, otros dirán, que "no hay que confundir política con literatura". Pues bien, nosotros decimos que la literatura y el arte están subordinados a la política, pero no a "la política" en abstracto, sino a la "política de clase, a la política de masas" (Mao Tse-tung). Todos nosotros recordamos que muchos que antecayer nomás apoyaban a la Dictadura Militar y hasta impulsaban el "Frente de Defensa

de la Revolución Peruana", como es el caso del presidente de la Confederación Nacional Agraria, ahora pretenden aparecer como clasistas y revolucionarios, cuando en verdad son lobos disfrazados de corderos que, llegado el momento, no vacilarán en traicionar al pueblo, en ponerle una zancadilla artera. De la misma manera, escritores que hace un par de años hacían un "llamado a los intelectuales a alinearse en las filas de la Revolución" encabezada por la Dictadura Militar, ahora, autodenominándose "marxistas-leninistas" pretenden orientar las tareas de los escritores que se identifican con la causa de los explotados. Insistimos: se trata de deducir las tareas del escritor Marxista-Leninista en una sociedad determinada y en un período particular del desarrollo de dicha sociedad. Porque la verdad es que resulta absurdo pensar en un escritor Marxista-Leninista cuya tarea sea apoyar "las luchas del pueblo", en abstracto. Muchas veces las frases que en un nivel general son válidas, en un nivel concreto devienen abstracciones, vaguedades, simples fórmulas a las que se acude "en caso de apuro". En nuestra sociedad es notoria la cantidad de escritores de extracción pequeño-burguesa que dicen asumir la ideología Marxista-Leninista y sin haber precisado el carácter de la Sociedad Peruana y de la Revolución que le corresponde, y muchas veces hasta despreocupándose de esto, se lanzan a emitir juicios lapidarios respecto de alguna cuestión relacionada con la literatura; pretenden orientar el trabajo de los escritores que persiguen servir a la causa del pueblo; se abanderan con rótulos como "Vanguardia Cultural del Proletariado" y "salvadores de la poesía peruana" (como es el caso del Movimiento Hacia Zero); se atreven a sancionar que "el Realismo Socialista como contribución a una teoría artística revolucionaria cumplió de manera muy limitada su misión" (Revista LA SAGRADA FAMILIA, No. 3, p. 43) o caen en vaguedades (en el sentido arriba planteado) cuando hablan de "este sistema (burgués y capitalista)", según se lee en la página 4 de la publicación citada. Razones de espacio nos obligan a suspender estos apuntes, que esperamos continuar en el próximo número de esta revista.

**Ser el poema silenciado en la lluvia  
o ser verso de etiqueta que adule a las flores  
y en el fuego vanamente esperar  
esperando  
que el viento duerma en celeste cuna  
dejar que el tiempo se adelante  
ocioso es reventar  
burbujas multiformes  
de oscuros sueños.**

**O para qué decir  
que el suave aliento de azucenas  
en abril devolverán  
tu casta forma de aromar  
al viento que oxigena sus razones.**

**Nuestra voluntad  
a golpe de promesas  
fue cambiando su débil color  
y toda la mansa niftez que desgranamos.**

**Hoy la violenta juventud  
que poseemos  
álamo que rompe  
esquemas de la naturaleza  
nueva imagen reflejada  
al mirarnos  
frente al espejo obrero  
en la victoria de los pueblos oprimidos.  
Será otra la lectura  
en el Silabario de los nuevos días.**

Cogió el periódico que se le había resbalado bajo el asiento y se dispuso a salir, hace calor, le molestaba ser empujado, esperó, se unió a los últimos espectadores, carraspeó, debía cuidarse de una recaída, se abotonó el grueso abrigo que llevaba, quedaban pocas personas en la calle, miró su reloj, las 9.30 podría llegar a su casa a las 10 y llamar a Núñez, era preciso una reunión muchas cosas debían aclararse, prendió un cigarrillo, empezó a caminar, en el bolsillo izquierdo su mano se retorció nerviosamente, las luces de varios avisos repicaron ligeramente su ropa y su cara que surgió de la oscuridad con un ceño de preocupación, aspiró una gran bocanada y tiró el resto del cigarro, tosió, ¡carajo!, su caminar se fue haciendo más lento, nuevamente carraspeó, demasiado frío, pensó que fue una imprudencia haber salido, hurgó en el ancho bolsillo, sólo quedaba un cigarro, su amigo no lo había engañado sin ser excelente, la película tenía momentos logrados, recordó la última escena, los movimientos lentos de aquel hombre, un actor de segunda categoría, la espera en la ancha avenida, el tosco perfil inmóvil, prendió el cigarro que había quedado por un momento olvidado, debía llegar hasta el fin, obedecer en una palabra, muchas veces se había preguntado cómo llegó a afiliarse, sí, era cierto, Raúl lo llevó, casi no lo recordaba, sin embargo era mejor no pensar, volvió a sentir frío, le molestaba sentirse ansioso, jugueteó con la caja de fósforos, demasiado silencio, miró su reloj, ya casi era la hora, dentro de un rato estaría en su casa con un buen trago y escuchando algo de música, aspiró con fruición el olor de los cipreses, al cabo de unos instantes, los pasos resonaron seguros, con un ritmo que denotaba el término del camino, se dio cuenta que el farol estaba convenientemente apagado, hizo un ligero gesto de impaciencia pero rápidamente su rostro se dulcificó y simplemente como se lo habían ordenado extrajo el revólver y esperó ya sin prisa al hombre que, hundidas las manos en los anchos bolsillos de su abrigo, tosió.

*‘Las cosas se disminuyen al nombrarlas’*

Juan García Ponce

No me cabe en la cabeza que después de todo el tiempo y lo ocurrido, persistas en lo que no pudo ni podrá ser. Sólo un empecinamiento que linda en la locura puede explicar éste tu eterno intento de ser algo ante sus ojos, ciegos adrede a tus afanes, porque por más que te empinaras él, ahora como ayer, no te prestaría más atención que un engrandecimiento inmediato, cortés y cortante, por todo lo que hubieras deseado valorase un favor eterno, una gracia imposible de olvidar, un compromiso que te hiciera insustituible, como cuando estabas pendiente del menor de sus deseos, a la caza de lo que ambicionara o lo disgustase, lista para interpretar sus silencios o esa luz indefinida en la mirada, que únicamente tú hubieras deseado entender, mejor dicho, adivinar, y que él dejaba escapar de cuando en cuando, flotando azul, presa de una desviada nostalgia, sobre la ruma de libros y de apuntes que consumían casi todo su tiempo, y entonces tú, impulsada por una angustia sin límites, interpretabas a tu antojo las señales, te entregabas a una actividad que sólo se detenía ante la brevedad de su sonrisa de aprobación que era para ti más que todo el tiempo que podías darle y aquél muy bien muy bien que pronunciaba sin levantar la vista de un viejo infolio hacía crecer un júbilo que debías guardar, como toda aquella inmensa alegría cuando te llamaba, Renée, por teléfono, y hubieras deseado decirle a qué se debe el milagro, pero adivinabas que te podría ir mal porque él parecía saber que te llevabas adrede materiales que él debía utilizar, y te desaparecías, justamente para eso que ahora era una alegría, y no bien terminaba, Renée, ya estabas ahí, lista para servir en algo, y entonces le decías si podías ayudar y él te encargaba algo con aquella voz que te encandilaba, como nos encantaba a todos en el gran salón de clases, donde sus inflexiones podían mantener en vilo nuestra atención horas de horas, pero que a ti, en aquellos primeros tiempos, te obligaba a un recato doloroso, a silenciar lo que todos adivinábamos en tu eterna disponibilidad, que no sabía de citas concertadas, ni de enfermedades o de fastidiosos imprevistos, pero sí, igualmente que nosotros, de un protocolo de respeto y de zonas inholladas que trazaban entre tú y él unos límites que jamás debías violentar sin su consentimiento, aunque la inventiva, oh la inventiva tuya, dejaba caer a veces algunos hilos conque buscabas se tejiera alguna murmuración, que te



encargaste de alimentar luego, cuando te vimos ofrecerle tu tiempo y después tu casa, refugio seguro cuando a la dictadura se le dio por perseguirlo, y nosotros, en el susto inaudito de los escondrijos o en la angustiante premura de las prensas clandestinas, te imaginábamos, nos imaginábamos lo feliz que serías hurtando su espíritu a la experiencia de una cárcel, tentándolo cerca, haciéndole sentir el calor de tu cuerpo, y sabíamos también que pensábamos lo que tú ya tenías en un libretito que tramabas con paciencia sutil, y dejabas las huellas, tus huellas por la ciudad, como que sin la menor vacilación viajabas hasta su casa y, esquivando vigilancias, urdiendo cientos de pretextos y haciendo participar a los discípulos, trasladabas al escondite los papeles, los apuntes de un trabajo que era una obsesión interminable y que llevaba sus sueños hasta la madrugada, mientras tú, en la habitación contigua, interrumpías de rato en rato la lectura de Marmontel para calcular el momento de llevarle la manzanilla o el té tibios, sabiendo que no debías preguntar, aunque eso no importaba, y también lo surtías de papel y sacabas en limpio sus borradores, arrancándoles el sabor de una vida en común cuyos remansos imaginabas, y optaste por un silencio cómplice ante las indiscreciones de los demás y cuando notaste que el sueño alcanzaba realidad en la murmuración, sonreíste feliz, y más cuando su voz, por favor René, estos tres libros del estante de la izquierda del saloncito azul, y cogiendo la lista lo dejabas en la seguridad del silencio de tu casa, hasta que el dictador regresó al cuartel y él trató de volver a su vida normal, pensosamente, porque tú te empeñaste en ocultarle los diarios y en fingir una atmósfera de peligro y de conspiración, que él disolvió como un insulto a su inteligencia, y entonces reemplazaste la impostura por otro diáspora, la reputación, tu reputación de mujer soltera y su risa, su risa diciéndote, aclarándote que aquellos que se detenían en estas tonterías cuando los tiempos apretaban merecían seguir viviendo de sombras, y entonces apelabas al llanto, por donde su cortesía era condescendencia, y viviste así algunos días de espanto y de veloces correrías, haciéndote tomar conciencia de las verdades que hacía tiempo intentabas confundir con los sueños o el delirio; pero, la realidad se fue imponiendo lenta, hasta llegar a la voz rotunda de Pablo y la alegría de los discípulos y su complicidad contigo, para no dejarte mal, y decirle que en efecto los días habían sido peligrosos, y entonces, con una nostalgia que era tan gris como tus mantos y el cielo de Lima, volviste a hacer el viaje desde tu casa a la suya, con la frecuencia que el decoro te permitiera para acrecentar las suspicacias; llegabas y conversabas con su mamá, mientras él prolongaba la docencia más allá de las viejas aulas de la Universidad y pescaba que parecías estar pendiente de las despaciosas palabras de la señora, de pronto, como fastidiada por la insistencia de los discípulos, quitándole su tiempo, entrabas una y otra vez en la salita, y en tus miradas adivinábamos lo que querías y no podías decir, aunque a veces te animabas a soltar una sugerencia, algo así como pedirle se dedicara a sí mismo, pero

su orgullo y su independencia se resentían y entonces su inteligencia, su clara inteligencia, cazaba al vuelo tu deseo de normar y al instante su agudeza, jugándose a fondo en la ironía de una frase, te hacía retroceder o morderte los labios y salir silenciosa de la salita, ardientes las mejillas, taconeando despacio, rumbo a cualquier lugar de la casona, y soltar la pena por allí, aunque, luego, como para congradarte, te veíamos regresar con una bandeja de brioches, el humeante chocolate y una sonrisa, que sabíamos era solamente una tregua, y te quedabas en la salita, pero todos sentíamos que eras una presencia extraña, porque descaminabas la conversación, porque nos llevabas de la diatriba al chisme, y entonces, tú, sintiendo el desasosiego de las conversaciones que contigo iban hacia un punto ciego, salías calladita a conversar con la señora de la casa, única posesión que el maestro aceptaba y de quien algunos solamente conocíamos los pasos tras las gruesas paredes, pero, después, retirarte con algunos de nosotros y entre una y otra cosa soltabas al fin la sugerencia que casi siempre sonaba a orden, pidiendo dejar por un tiempo solo al maestro, porque era demasiada su actividad dedicada a la docencia, que era imprescindible la soledad creadora, el tiempo sin tiempo de la reflexión y la escritura, y tus argumentos a veces convencían, sin embargo el maestro nos llamaba, y tú te peleabas entonces con los que copiábamos a máquina los trabajos del maestro y les hallabas una y mil fallas y, como para probar tu eficacia, cogías al vuelo los papeles y los volvías a copiar muy rapidito y los traías impecables para recibir un gracias Renéé, que ya sonaba a resignación, pero que a ti, de seguro, te quedaba en los oídos días enteros.

Cuando regresé de España, adonde fui en goce de una beca que me consiguió el maestro, supe que en aquellos tres años habían pasado muchas cosas: su ascenso a los más altos cargos del país, sus exitosos viajes por América y Europa, la consolidación de su prestigio. Me enteré también de los grandes dilemas de su espíritu liberal, del problema que le causó su ánimo democrático y su defensa de la libre determinación de los pueblos. Y finalmente, su renuncia, una renuncia que ponía a flote un valor que se ahogaba entre mares de cortesanía y manejos burocráticos. E interveniste tú, deseando ayudar, y a él le enojó tu impertinencia, porque habiendo roto para siempre con las presiones del poder, tú corriste a soldar melladuras queriendo hacerle un favor, sin pensar que te quedabas sola haciendo el ridículo, como en aquella memorable ocasión en que prolongaste el aplauso después de clase más allá de lo debido, y tus palmas resonaron en el silencio del aula hasta que tus mejillas enrojecieron ante la mirada brevisima del maestro saliendo del aula. Y esta vez, el exceso provocó que el maestro no sólo te riñera, sino que también cortara contigo todo tipo de relación. Así te hallé, caminando sin brújula por las calles de Lima o citando a algún discípulo y amaneciéndote tomando el té y conversando de él, tentando sonsacar, llevando tu curiosidad al

borde de la indiscreción y recibiendo cabos sueltos o exageraciones injuriosas, mientras tú contra viento y marea buscabas que se intercediera por ti, hasta que, dándote cuenta, caías en una tristeza que nos hacía prometer. Y a una de esas reuniones asistí y vi tu ansiedad, la pregunta obsesiva, la búsqueda de un efectivo defensor, y hablabas y fumabas y bebíamos; y me enteré después, mientras me zafaba de las brumas del alcohol, que aquella noche, ebria hasta el colmo, te desnudaste a grandes gritos en el jardín y te pascaste tambaleante hasta que las luces de tu casa se encendieron y el vino hasta ti y, generoso, te puso una manta sobre los hombros, te orientó cortesmente hacia la puerta entreabierta y luego a la salita, salió para luego darte un café caliente, que te ahuyentó el mareo y te hizo mirar con cierta lucidez el azul de sus ojos y escuchar las palabras que brotaban como regodeándose en una cólera que no fue otra cosa que el vete ahora a la mierda que te dejó sollozante en el medio del saloncito, donde con vergüenza infinita, apretando el tibio pocillo de porcelana, no sabías si quedarte o salir o pedir perdón o morirte ahí mismo, pero, solamente vomitaste la manta, cuidando no malograr el viejo tapiz de los muebles ni la alfombra con el monograma de la familia.

Después del gran llanto y de muchos días encerrada, durante los cuales únicamente dabas escuetas tarjetitas excusándote con las visitas, te refugiaste en los goces de la memoria, y a todo el que invitabas a tu casa le contabas de la vibración de su cuerpo la vez aquella del único abrazo que le diste cuando él se quebraba, sin una lágrima en los ojos, a la muerte de su madre, o de esa otra oportunidad en que caminando y conversando les cayó el atardecer y luego la madrugada y algunos de los discípulos se fueron despidiendo, hasta quedar los dos solos recorriendo las calles del viejo Miraflores, y suspirabas, sí, suspirabas a la evocación de la mejor oportunidad y entre el recuerdo se filtraban ya los nombres de remedios para la hipertensión y el colesterol, y la casi despreocupada mención del stress y el temblor de tus manos y tu mirada ansiosa capaz de prolongar el palique hasta las lindes de la noche, pero siempre observabas, y como dándote cuenta, meditabas entonces acerca de las diferencias de los tiempos y de la moral y del respeto de las mujeres y del moco cómo las mococitas de ahora no se hacían respetar, y entrecerabas los ojos que ya empezaban a reflejar tristeza, una cierta amargura, el atisbo del desvarío, y contabas entonces cómo pese a toda la confianza que tenías con él, cómo, a despecho de todo lo que habían pasado juntos —y te detenías en la frase, meditando en los efectos que pudiera causar—, nunca le habías permitido tutearse, cuando todos sabíamos que tu solicitud no lograba doblegar su indiferencia, que no era otra cosa que una distancia afectuosa, compasión, un llamarte usted que el tiempo y la frecuencia no lograban cambiar, y que era una cortesía que por generosidad o luego, fue condescendencia, perdonándote las muchas veces que lo negabas por teléfono, cuando a ti se te ocurría que no debía moles-

tárate, y de tu inmiscución en sus trabajos, y de las varias reconvencciones que, poniendo a prueba tu mesura, te hacía cuando se te dio por controlar los teléfonos y dosificar las visitas, y del justedí que era más que una alusión cortés cuando el chirrido de las maderas del piso delató tu presencia cuando él conversaba con una profesora alemana, o la vez de tu carta protestando por lo que considerabas un plagio de la obra del maestro, y el telefonazo del amigo aludido, dando explicaciones y el bochorno y las mutuas confusiones y su cólera increpándote tanta confianza. Pero tú te empeñabas en reconstruir los tiempos. Y tan pronto recordabas los tiempos de la Universidad, como aquellos cuando él nos fue ubicando a todos sus discípulos en puestos claves del Ministerio, en lo posible cerca suyo, como queriendo evadir la soledad; la terrible soledad de los jefes, en tanto tú permaneciste en la Universidad, desde donde te veíamos venir una o dos veces al día, y estoy apurada decías, y te hacías anunciar como quien informa que la persona que se esperaba ha llegado; su contestación no concordaba con tu deseo y te veíamos insistir pesadamente, buscando dejar sin trabajo a la excelente secretaria, que te dejaba su lugar, moviendo la cabeza y sonriendo. Pero, para ti y para los que quisieran escucharte, el maestro te llamaba para que le copiaras algún documento confidencial o para ordenar sus apuntes de clase, y te solicitaba acompañarle y compartir su felicidad cada vez que los estudiantes lo aplaudían, deslumbrados por aquella voz que reescribía para ellos nuestra historia. Y contabas que siempre al tanto de él, estuviste entre los primeros en correr a su encuentro, como llamada, cuando en mitad de clase el corazón le dio un golpe en pleno pecho. Y decías que las noches de Miraflores supieron de tu taconeo tembloroso, trémulo, agitado, de tu temor intenso y de tu angustia, y me hubiera gustado decirte que usabas la misma descripción conque me contaste tu desesperación cuando el maestro te dijo vete por tu desatinada gestión ante los emisarios del poder, cuando de nada te valió que dijeras que era por ayudar, cuando él renunció al Ministerio, no digas que no recuerdas, y se te ocurrió correr a soldar mulladuras queriendo hacerle un favor y él, de ahí tu desesperación y esa borrachera aquella noche de verano en casa de Félix y tu salida intempestiva y el escándalo. Y nosotros corriendo tras de ti, y comentando en el camino de la liberación de ciertas cortesías con el maestro y nunca más la necesidad de aceptar secretarías o catalogaciones o trabajitos bien remunerados a los Paz Soldán, a los Prado, a los Moreyra, ni a nadie más, y ya te veíamos con el huto riguroso y tu llanto inagotable y tu desesperación incontable, rompiendo objetos, iluminando imágenes, llamando a gritos, buscando sombras y voces en las habitaciones vacías, y tu largo mutismo frente a las puertas cerradas de la casona sin luz y de tus providencias para que todo permaneciera intocado, como a la espera de él, acumulando polvo, polilla, una vana esperanza; todo un mundo recreado por una imaginación que llevaba la marca del delirio, y luego, lo único verdadero, tu actividad silenciosa, más discreta que los anteriores actos de

tu vida, el ahorro centavo a centavo y la privación de toda comodidad durante años, hasta completar lo suficiente para restaurarle el mausoleo familiar y pasar allí a todos sus muertos y nuestra perplejidad y al maestro también y lo que a mí, a todos, nos pareció, nos parece una verdadera locura: reservar un lugar para ti, debajo de él, muy cerca, tan cerca como nunca jamás estuviste.

La vida nos está demostrando de una manera clara, terca y contundente, que no otra es la realidad de la lucha de clases en nuestra patria. Por un lado, la ofensiva cada vez más creciente y abierta de la política hambreadora, represiva y entreguista de la Dictadura Militar, fiel representante de los intereses de los Grandes Burgueses, los Terrorstentientes y el Imperialismo, principalmente norteamericano, contra el pueblo peruano; y por otro lado, millones de trabajadores hundidos en el hambre y la miseria, reprimidos brutalmente y con sus derechos pisoteados, pero dispuestos a enrumbar por el único camino que les garantiza el logro de sus objetivos inmediatos e históricos: *el camino de la lucha, de la acción directa de masas*. No otra cosa significa el considerable avance de las masas populares en organización y educación política, el ascenso sostenido de las luchas del pueblo sobre todo a partir del histórico 19 de Julio. No otra cosa significa el hecho de que las masas no hayan sido arrastradas tras el carro de la Asamblea Constituyente, montada fundamentalmente para distraer su atención, frenar y desviar el curso de sus luchas hacia el charco del cretinismo parlamentario, a pesar y por encima de los propósitos de la Dictadura y los partidos reaccionarios como el PPC, el APRA, la DC, el PC(U), etc., que han contado y cuentan con el favor de los reformistas, trotskistas y capituladores agrupados en la UDF y el FOCEP.

Dentro de este marco es importante señalar que el proletariado viene rebasando cada vez más nítidamente los suelos manejos y la tabar de contención de las luchas populares que practica el Revisionismo desde la dirección burocrática que ejerce en la CGTP, al mismo tiempo que se perfila día a día con mayor capacidad para ponerse a la cabeza del movimiento obrero y popular en la lucha contra sus enemigos de clase. Y no sólo el revisionismo viene siendo rebasado por las bases clasistas sino también las posiciones reformistas y constituyenteras, descamufladas en medio del combate. Las grandiosas jornadas de Mayo; el triunfo del SUTEP que no sólo es un triunfo popular contra la Dictadura sino principalmente el triunfo de una línea de clase, de una orientación correcta que supo conducir a la victoria a las magisteriales; las luchas libradas por los trabajadores del sector SALUD, que han escogido también el camino de la acción directa; la prolongada huelga que viene llevando a cabo el proletariado de PÍCSA en defensa de la estabilidad laboral; el viable despertar de las luchas campesinas trabadas en buena medida por la orientación reformista de la CCP; el volcarse a la lucha de miles de empleados estatales contra los despidos en masa que decreta la Dictadura y que significa que un nuevo contingente se suma al torrente popular; la lucha del proletariado minero obligado

a suspender su huelga a punta de bombas y balas de la Dictadura que, en su sangrienta labor de represión, ha contado nuevamente con la colaboración de la dirigencia reformista de la Federación Minera (Cuadros) y del Revisionismo; las constantes muestras de rechazo a la Constituyente por parte de las grandes masas populares en quienes han echado raíces; germinado y florecido las consignas ¡La lucha es el camino y no las elecciones! y ¡El pueblo está luchando y no participando! entre otras; el acuerdo de Huelga Indefinida de la FENTUP para el mes de Noviembre; los paros, huelgas y movilizaciones de numerosos sindicatos en conflicto y, en fin, el diario combate que libran los trabajadores contra la Dictadura, no hacen sino dejar constancia de la decisión del pueblo peruano de luchar.

Así pues, los hechos señalan cuál es la tendencia fundamental de la actual situación, cuál es la realidad concreta en que se mueven las contradicciones sociales. Es en estas condiciones que se hace necesario llevar adelante una medida de lucha de mayor envergadura que haga retroceder la ofensiva de la política hambreadora, represiva y entreguista que impone la Dictadura Militar y al mismo tiempo sirva para impulsar el desarrollo de las fuerzas populares con el proletariado al frente en el largo camino de la Liberación Nacional, la Democracia Popular y el Socialismo. Esta medida de lucha no puede ser otra que la HUELGA GENERAL de los trabajadores y el pueblo, única forma, en estas condiciones, de arrinconar a la Dictadura, arrancar sus reivindicaciones más sentidas y avanzar hacia la consecución de sus objetivos históricos. Toca, pues, al pueblo peruano en general y al proletariado en particular, preparar e impulsar la Huelga General al calor de la forja de los Frentes de Defensa de los Intereses del Pueblo (FEDIP), de la formación de los Grupos de Autodefensa, de la imposición de las Asambleas Populares, etc., tarea que debe poner en acción también a las masas campesinas, a las masas barriales y estudiantiles, es decir, a todos los trabajadores de la ciudad y el campo, lo que implica que debe ser conducida por una organización amplia: el Comité Nacional de Lucha por la Huelga General, organizado por todas las bases decididas a luchar. Esta tarea tampoco puede estar al margen de la pugna por parte de las posiciones clasistas para imponerle su dirección y por lo tanto vinculada estrechamente al desenmascaramiento de la labor traidora del Revisionismo que usurpa la dirección de la CGTP, que como buen agente de la burguesía en el seno del movimiento obrero y popular y punta de lanza de la penetración neocolonial del Socialimperialismo, se opone rabiosamente a la Huelga General. De igual modo, este trabajo supone el deslinde con las posiciones reformistas y capituladoras, principalmente las agrupadas en la UDP, al compás de la lucha desde las bases, desde dentro y fuera, por la Reconstrucción Clasista de la CGTP. Así, al "arrancar la cizalla desbrozaremos el terreno para que pueda crecer el trigo" y "mañana recogeremos el buen grano". Queda claro pues, que sólo la conducción clasista de esta medida de lucha garantiza el avance efectivo de las masas populares en la lucha por un Gobierno Popular Revolucionario conquistado por medio de la guerra popular dura y prolongada, que cumpla las tareas de la Revolución Nacional, Democrática y Popular en tránsito ininterrumpido al Socialismo.

¡En esto es en lo que hay que soñar!

El sonido de la guitarra apenas se escuchaba; abrumados por el alcohol y gritando lemas, nos fuimos desmoronando; en eso alguien propuso invadir "La oia marina", para hacer propaganda entre esas mujeres pequeño-burguesas. Era como siempre, sí, Judamos a aquellos cojudos, era Carlos quien decidía; a pesar de la oposición decidida de Samuel, pero su protesta no hizo más efecto que el rumor de las olas. Entonces avanzamos, dejando garabatos como huellas y hablando de si convenía ir a una manifestación organizada en apoyo a los mineros; el dilema era que la organización corría por cuenta de un partido distinto del nuestro. Esto, mientras Mónica pintaba con rouge el pecho de Samuel y alguien vamos busquemos unas perras para bailar. Mira ésa, qué tal culo, hey, pídele el baile. Oye Juan, compra más pisco, decía Carlos, en tanto los ojos se le iban tras los magníficos senos de una bacante; en eso, ven Juan, quiero que me escuchen estos huevones... no te olvides de la botella, carajo. Su filosofía práctica le hacía hablar así de duro al ideólogo del grupo, nuestra mancha lo siguió y... compañeros, los profesores del Satep, que luchan contra la dictadura militar. La salsa sonaba que era una gloria, de tal modo que sus disutes eran los únicos que escuchaban la arenga revolucionaria, mientras una pareja cercana miraba a dos que hacían de estatuas en medio de la pista, y escuchaban términos como: guerra popular del campo a la ciudad condiciones subjetivas, etcétera. Lo que nos asió fue lo que nos dijo el negro ese que tenía tantos granos como brazos y piernas, callen mierdas y dejen bailar; ahí sí que se nos fue el ímpetu revolucionario, no hicimos más que unimos al grupo de Ana, que discutía de política con otros tres, pero, ¿acaso crees que la constituyente servirá para defender los derechos populares? El pensamiento de su interlocutor se extendió a su dedo: es que la lucha se debe extender a todos los frentes... ¡basta! ¿ustedes quieren o no un gobierno del pueblo, contra la dictadura militar? Sí, repusieron, incluido un derechista recalcitrante. Entonces gritemos abajo la dictadura, gobierno popular, entonemos todos la consigna de la izquierda. Ahí nomás se escuchó la voz meliche de Ana, cantemos mejor unos valsecitos, ¿ya? y el coro empezó: José Antonio, José Antonio por qué me dejaste ahí. Basta, ahora gritaremos abajo la dictadura, gobierno popular. Y seguimos gritando hasta que el pisco se acabó. Entonces, por una de las escaleras que conducían a la plataforma, hicieron su aparición dos pelados ojiazules. Parecían navalitos mariconcitos,



su ropa también lo declaraba. Vengan, nos dijo Carlos, hay que joderlos. Varios ecos le contestaron. Esperen, contradijo Samuel, no se hagan los cojudos y regresen, que hoy nos botan a patadas. Vámonos ya, dijo Carlos. Presintiendo nuestra llegada, quisieron escabullirse, pero Ana y Mónica, ofreciendo la mejor de sus sonrisas se les pusieron delante. Se detuvieron entre la esquina de la plataforma, el parlante y las gradas, por donde acudíamos. Hablaron en voz baja, pero ya estábamos ahí. Por qué crees que el Perú está como está, porque los militares a más de tener mala preparación, son brutos. Nos miraron y se rieron saltones, pero si no somos militares, ametrallaron. Pero una voz retrucó, militar, marino, aviador, la misma mierda son. Y Juan, sensato, ya ya, es hora de irnos. Lo apoyé, es hora. Bajamos paso a paso la pequeña plataforma hacia la pista sucia de papeles y humedad. Pero el bueno de Samuel ni se inmutó, sólo dijo, entre apenado e indiferente, que se le va a hacer, ésta será la última vez que me presten el carro. Uno a uno subimos, mientras oíamos el ruido agresivo de la moto de Carlos que se perdía entre la noche. En Miraflores se me ocurrió sugerir gritemos consignas, pero mi coronación fue frente al local del Partido Popular Cristiano donde grité putas para cachacos, pero ahí mismito nos cogió un mierda de policía. Pero no recuerdo más. Mi memoria empieza al día siguiente cuando me despertaron con el desayuno, apenas si empezaba con el jugo cuando sonó el teléfono. Hola, era la voz de Samuel, sabes que mi papá me quitó el carro?, todo por el policía ese. Oye, a propósito, hoy hay reunión para ver si formamos un comité en el pueblo joven San Nicolás, te esperamos en el local del partido a las ocho, no te olvides.

Señor Barrón, preséntese inmediatamente en la oficina del gerente, sonó la dulce voz de la secretaria ~~por el momento~~. Muy bien Eduardo, lo felicito: su campaña para elevar la ~~productividad de los~~ obreros ha sido magnífica. Y él contestó, halagado: Gracias Carlos, no es nada, lo único que se hizo fue implementar nuevos turnos de trabajo. Carlos escuchaba, sonriente. Sin dejar de sonreír, fue hasta una alacena y sirvió unos tragos, miró por la ventana y vio con satisfacción los afanes de los operarios frente a la velocidad de la correa de distribución. Ofreciendo la copa a Eduardo, se le ocurrió preguntar, crees que se puede elevar aún más el nivel de producción. Eduardo titubeó, y planteó una duda, un obstáculo, los obreros ya protestan, el sin... Pamplinas, dijo Carlos haciendo un brindis, no hay nada imposible para los Sotomayor.